

Cuando el hombre grita...

DR. JACQUES MABIT

Médico, fundador del Centro Takiwasi

Epílogo del libro "El lenguaje de los Dioses: Arte, Chamanismo y Cosmovisión Indígena en Sudamérica"¹ (2002).

Sin duda, el sentimiento de exilio podría servir de común denominador a la raza humana, en virtud de la convicción compartida de que pareciera que ese fino hilo que nos une a la fuente esencial de la vida se ha interrumpido. Aquellos que alegan que hay rastros del camino recorrido durante este alejamiento de nuestro hogar de procedencia se empeñan en redescubrir las huellas perdidas. Aseguran que es factible retomar el sendero de vuelta a casa, que nunca fuimos totalmente abandonados, que el eco de la voz de los dioses sigue retumbando hoy y aquí.

En el fraccionado mundo tribal, cada grupo étnico define su universo con relación a sí mismo. El otro, el grupo de enfrente, es su propio espejo y lugar por excelencia de sus proyecciones. Se presta perfectamente para actuar de "sombra", según los términos junguianos, y así permitir expulsar el mal, ubicado "fuera" y servir de blanco para las pulsiones agresivas. Este modelo se sustenta en el mito fundador de la Justicia, del equilibrio siempre restablecido para permitir el mantenimiento del flujo de la vida. La ley del equilibrio (o del talión de las tribus judías) se manifiesta automáticamente en todo contexto donde no se impuso todavía la noción de universalización, donde la supervivencia del grupo prima sobre la del miembro de la colectividad que no adquirió aún el status de "individuo".

En este modelo de funcionamiento y aprehensión de la vida, la flecha del tiempo se orienta del futuro hacia el pasado. Es en el origen de la colectividad, en los padres fundadores, en los mitos de creación, donde se encuentra la fuente de vida, la oportunidad de reparación, la puerta de reintegración del status inicial de filiación a lo divino. Según esa percepción del tiempo, cada generación tiende a alejarse de las fuentes originales y de ahí la casi obsesión por mantener la tradición intacta. De hecho, a mayor alejamiento de las fuentes existe también mayor riesgo de adulteración del mensaje. Se dedicará entonces especial atención a la transmisión íntegra del saber y a la comunicación precisa de los mitos fundadores. Se crearán sistemas mnemotécnicos orales de conservación de "la palabra" que permiten reencontrar las huellas que conducen al origen y de este modo reincorporarse al mundo primigenio de los dioses. Se mantendrán ritos de iniciación orientados específicamente a entregar el conocimiento a los que sean dignos de respetar y transmitir fielmente la sabiduría ancestral. En breve, se crea y alimenta una tradición que llega a codificar todos los aspectos de la vida para preservar el tesoro invaluable de la memoria colectiva.

De esa manera, los grupos étnicos elaboraron diferentes corpus ritualizados que rescatan y recrean permanentemente lo esencial de su sabiduría y pretenden mantener asequible, a quien quiera escuchada, la voz antigua de los dioses. Dedicaron una gran parte de su energía a plasmar este conocimiento, enmarcándolo en una expresión simbólica, metafórica, usando para ello los diferentes medios de comunicación natural representados por los sentidos humanos y los diversos soportes materiales a su alcance. El hombre occidental inscribe su cosmovisión en un horizonte cultural fundamentalmente diferente que se sustenta en el mito fundador del "Amor" e introduce por ende la noción de universalización. El otro no existe

¹ MABIT J. "Cuando el hombre grita...", In (epílogo): "El lenguaje de los Dioses: Arte, Chamanismo y Cosmovisión Indígena en Sudamérica", by Ana María Llamazares & Carlos Martínez Sarasola, Fundación Desde América ed., pp. 287-293, 2002, Buenos Aires, Argentina. ISBN 950-786-443-1

como tal ya que es un hermano a quien se debe amar como a uno mismo. La agresividad y la violencia no encuentran lugar exterior donde proyectarse. La “sombra” no se puede detectar en el campo perceptual exterior sino que exige bajar a las profundidades del yo para dejarse vislumbrar. El enemigo está en casa, las instancias de la conciencia son varias y obligan a la determinación del yo y al nacimiento del status de individuo. Este individuo se vuelve entonces el fin supremo de la sociedad, como lo rezan las Constituciones modernas de los Estados democráticos, y prima sobre la colectividad. El hombre de búsqueda vuelca su mirada hacia adentro para conocerse a sí mismo y así conocer al mundo.

La flecha del tiempo se orienta del pasado al futuro, se apunta a encontrar la reintegración de la dimensión perdida al final del camino, mediante un progreso indefinido que florecerá en algún mañana radiante. Lo de ayer se vuelve obsoleto, anticuado, y frena el buen desarrollo hacia las esperanzas del futuro. Para el occidental, el hombre tradicional da la espalda al futuro y por ende a su realización; a la inversa, el no occidental entiende como locura el olvido de los antepasados y lo angustia profundamente la tergiversación de la sabiduría primigenia.

De ahí se entiende fácilmente el desencuentro de hace quinientos años que se dio en Abya-Yala, la América del señor Vesputio o las Indias de Cristóbal Colón.

Sin embargo, mirando más de cerca el fenómeno de la Conquista, como lo sugiere el historiador Arnold Toynbee, se detecta simultánea y paradójicamente un encuentro entre civilizaciones. El antropólogo peruano Juan Núñez del Prado observa también que desde el inicio del encuentro existieron puntos de convergencia entre esos dos mundos. En las márgenes casi heréticas del cristianismo oficial focalizado en el dogma, la doctrina y la creencia, existía un cristianismo profético representado en América por las congregaciones de franciscanos espirituales y cuyo concepto de la mística de la naturaleza (hermano sol, hermana luna, etc.) coincidía con la visión andina del Kausaypacha o “cosmos viviente”. Tempranamente el mundo andino adoptó la Trinidad cristiana como reflejo de las tres edades que permitirán el pleno desarrollo de la humanidad: las eras de Dios Padre o Dios Yaya Pacha (la era de los incas), de Dios Hijo o Dios Churi Pacha (de la Conquista hasta hoy) y de Dios Espíritu Santo o Taripay Pacha, que está en sus inicios.

Y según fue anunciado en las profecías, por ejemplo en el mito del Inkari, ya estamos en el tiempo del renacer indio, del rebrote de las fuentes primigenias de la sabiduría ancestral. Esa renovación de los horizontes culturales, de la cosmovisión, se vuelve una necesidad, una urgencia compartida tanto por el indígena como por el no indígena. La orden del día es el Ayninakuychis, “intercambien recíprocamente”, donde podrá florecer la plena reciprocidad de los dones de unos y otros, y así desaparecerán las diferencias en el reconocimiento de una perfecta hermandad, de idéntica filiación.

Los grupos étnicos de la América contemporánea tienen el imperativo de unirse para poder sobrevivir frente al avance aplastante y destructivo de un modernismo voraz que llega hasta transformar su espiritualidad en producto de consumo (turismo chamánico, por ejemplo). En otras palabras, los núcleos étnicos no pueden escapar a la apertura hacia sus semejantes, bajo amenaza de desaparecer. Esa traición aparente a los antepasados ha llegado a generar tal angustia en ciertas naciones que el suicidio se transformó en epidemia. Los grupos indígenas están llamados a formar confederaciones, a aunar esfuerzos de resistencia a la destrucción de sus valores, a reconocerse a través de la hermandad frente a un enemigo común. En su forma ancestral, el grupo étnico está condenado a desaparecer, pero tiene la oportunidad de rescatar lo esencial, su alma profunda, su escucha peculiar de los dioses, si acepta la opción de la apertura con la unión a los demás grupos indígenas.

La sociedad occidental posmoderna asiste por su parte a un grave desplome de sus valores asociado a una degeneración general de su cimiento social. La pro_ moción ideal del ser como sujeto en proceso de individuación, de diferenciación frente al grupo, de surgimiento espiritual con el descubrimiento de su unicidad en la filiación divina, ha devenido individualismo, en estandarización mercantil del ciudadano, en atomización social donde priman el egoísmo y la soledad. Fascinado por sí mismo, mentalizado al extremo,

el prototipo del sujeto occidental es un ser desconectado de su corazón, ensimismado en la contemplación beata de los espejismos de su racionalidad que confunde con la inteligencia y a la vez exiliado de la naturaleza que le da sustento vital. La desesperación, la angustia existencial, generan igualmente actitudes autodestructivas endémicas que alcanzan todo el tejido social sin distinción de status, sexo, edad... El crecimiento incesante de las enfermedades autoinmunes ilustra perfectamente la tendencia inconsciente a la indiferenciación que penetra los individuos hasta su propia carne y es capaz de alterar el mismísimo núcleo de sus células.

Me atrevería, a riesgo de simplificar un poco las cosas, a proponer la fórmula que consagra como propios de las sociedades tradicionales el descubrimiento y la vigencia del Espíritu en la Naturaleza, mientras se les reconozca a las sociedades occidentales este mismo descubrimiento y su vigencia dentro del ser humano. En América, los grupos étnicos desarrollaron su espiritualidad en conexión estrecha con la naturaleza y son expertos en la exploración de esos espacios exteriores donde ven reflejada el alma humana. Por su parte, los conquistadores desembarcaron con la convicción de su Dios hecho hombre y capaz de mantener un íntimo diálogo interno con cada individuo en particular. El individuo se encuentra negado en los grupos indígenas, en la misma medida en que la naturaleza se obvia en el desarrollo espiritual del sujeto occidental. El individuo puede ser sacrificado para el beneficio de la colectividad en la sociedad tradicional, mientras la sociedad moderna llega a sacrificar la naturaleza para el supuesto beneficio del individuo.

Sin embargo, en este encuentro a tanteos entre el hombre y los dioses, el mundo espiritual se revela paulatinamente a través de la elaboración de nuevos mitos fundadores que marcan los grandes ciclos de la humanidad, y tal vez del universo mismo. En este punto convergen las tradiciones, indígenas y no indígenas, del mundo entero para anunciar en nuestra época el amanecer del mito del Liber, de Acuario o de la Libertad. Y se puede esperar, del mismo modo en que el Amor trascendió a la Justicia, a que la Libertad trascienda a ambos en este tiempo anunciado del Taripay Pacha o era del reencuentro.

El juicio de Salomón en la Biblia nos señala que, en plena vigencia del mito de la Justicia, el gran sabio ya vislumbró la trascendencia del Amor sobre la Justicia. Dos madres reclaman al mismo niño y Salomón propone entonces cortar al niño en dos partes y entregar la mitad a cada madre. La verdadera madre entonces renuncia a tener a su hijo para evitar su muerte y acepta que se le entregue entero y vivo a la falsa madre. Sacrifica su justo derecho y acepta una injusticia en nombre del amor que le tiene a su hijo. Salomón ya entendió que el Amor trasciende a la Justicia y, sin otra prueba que el grito de sacrificio de la verdadera madre, la identifica y restablece sus derechos maternos. De esta manera, con el triunfo del Amor, se satisface igualmente a la Justicia.

La evolución y el desenvolvimiento de los ciclos no son tampoco lineales y, desde los primeros momentos del desencuentro entre el mundo europeo y el mundo indígena, también algunos intuyen la trascendencia de la libertad sobre el amor. Bartolomé de las Casas, Garcilaso de la Vega, fray Martín de Porres, cada uno a su manera y con su genio propio, dan señas de haber vislumbrado la trascendencia de la Libertad como mito fundador del nuevo continente. Lo mismo podríamos decir de ciertos movimientos colectivos como el levantamiento de Túpac Amaru o la temprana explosión mesiánica andina del Taqi Onqoy.

La tradición andina anticipa que, en el momento de este Pachakuti o transmutación cósmica, vendrán los chaka-runas u hombres-puentes, encargados de vincular de manera dinámica y convergente las riquezas culturales y espirituales de los antepasados indígenas y de los wiracocha, los tiempos primigenios de los orígenes y los tiempos nuevos del retorno del Inka.

El mestizaje se perfila como la superación de la ambigüedad por la ambivalencia, el enriquecimiento del doble valor de ambos aportes. El desgarramiento de la partición entre dos razas, dos flechas opuestas del tiempo, dos conceptos paradigmáticos del universo, encuentra su resolución posible en la encarnación de los hijos de ambas sangres. La trágica y obsesiva búsqueda de identidad americana no tiene desenlace posible salvo mediante la convergencia asintótica de los mitos fundadores de la Justicia y del Amor hacia una nueva

forma trascendental de la Libertad que los abarque y supere a la vez. Ello supone la aceptación de un salto cualitativo, de un cambio de paradigma que no niegue los anteriores ni los amase en un sincretismo barato, sino que los reúna en una propuesta innovadora que asuma su plena realización, su sinergia y potencialización, donde la desaparición de las formas previas se deba no a un intento de eliminación sino a una transmutación creadora.

El americano de hoy es ante todo un mestizo cultural, conscientemente o no, y la definición de su identidad profunda pasa inevitablemente por la fusión armoniosa de sus raíces autóctonas y del aporte exógeno. Cuando la angustia existencial se apodera con fuerza de la sociedad occidental, el mestizo puede reconectarse con los tiempos primigenios de sus orígenes indígenas yendo al descubrimiento de las huellas dejadas por los antiguos. Éstas siguen visibles en las piedras, en los tejidos, en las joyas, en la cerámica, en la materia prima labrada, transformada, marcada por el deseo de transmitir el mensaje de los dioses. Pero además siguen vivas en las técnicas de cultivo, de alfarería, de curación, con la larga cadena de las manos que se unen, se conversan, se aprietan de padre a hijo, de madre a hija, de maestro a aprendiz, a lo largo de esta inmensa flecha del tiempo que dejó la linealidad para elevarse en una espiral ascendente hacia el infinito.

Para culminar esa silenciosa transmisión material y después de la palpitante transmisión generacional, los antiguos nos legaron también no sólo los medios de lectura de sus señas sino los métodos de exploración de nuevos horizontes tanto externos como internos. Nos ofrecieron los instrumentos para proseguir su tarea enriquecerla, adaptarla a los tiempos venideros. Las técnicas de exploración de la conciencia representan sin duda un legado extremadamente valioso que amplíe de manera extraordinaria nuestras perspectivas. Representan herramientas de liberación de los sentidos, de la mente, del corazón y la oportunidad de realizar este salto cualitativo que requiere este fin de ciclo y nacimiento de otro.

Las plantas maestras hablan al hombre moderno si éste las escucha con sinceridad. Lo invisible entonces se hace visible, lo inaudible se oye claramente. El ritual exacto, riguroso, abre las puertas de los tiempos y de los espacios. Autoriza el viaje al mundo-otro para volver mejor al mundo-este, lugar de nuestra encarnación. La inducción controlada de modificación de los estados de conciencia permite ensanchar el espectro perceptual y descubre así una multiplicidad de realidades o las múltiples facetas de una sola realidad. Representa el lugar ideal de convergencia de lo más avanzado de la ciencia moderna como de la sabiduría ancestral, donde la palabra del maestro chamán no contradice la del científico cuántico. La visión así adquirida modificará inevitablemente la manera como el arqueólogo contemplará sus objetos de estudio o el antropólogo entenderá los mitos y las leyendas del grupo étnico que explora. El investigador deja pues de quedar distanciado de su objeto de estudio y acepta ser finalmente el observador observado que siempre fue sin reconocerlo plenamente. Descubre su subjetividad (no como un obstáculo a una pretensión inalcanzable de objetividad absoluta sino como una fuente esencial de conocimiento, un reservorio inagotable de información que, superando su historia personal, abarca dimensiones transpersonales y puede hasta alcanzar las improntas universales de su soma.

El reencuentro de esta nueva era se dará inevitablemente mediante la recuperación de la mística. Los fundamentos de los horizontes culturales se ubican en un nivel donde las experiencias pueden ser compartidas por cualquier ser humano más allá de sus condiciones originales. Por definición son transpersonales. En ese sentido, como lo señala el escritor Josep Otón Catalán, “la mística no puede ser monopolio de las religiones estructurales, ni mucho menos del cristianismo. En el análisis del funcionamiento interior del ser humano encontramos finalmente experiencias similares, aunque expresadas con lenguajes distintos”.

La herencia del pasado no se visita como un museo, como una galería de lo bello y perdido, sino que se respira como un aliento que es todavía soplo de vida hoy en día, que puede salvarnos de la asfixia de todos los “ismos” desvitalizados y nihilistas del modernismo. Es manjar para el espíritu capaz de insuflar renovado dinamismo, inspiramos, animamos e impulsamos con entusiasmo hacia las orillas refrescantes del renacer de

un horizonte cultural que se presagia será el surgimiento de la Libertad. Presentimos, luego de los tanteos de liberación en ámbitos menores, la posibilidad de una liberación en un nivel mayor, que abarque sin vergüenza ni ingenuidad la dimensión espiritual del ser humano.

Al acercarse a los rastros de lo divino sembrados por los antiguos, el hombre contemporáneo se autoriza muchas veces por primera vez una auténtica experimentación de lo sagrado, generalmente confiscada por las Iglesias institucionalizadas o las escuelas filosóficas modernas. Redescubre el poder asombroso del “numen”, dotado igualmente de capacidad destructiva para quien no está debidamente preparado para acercarse a él. Los tanteos para alcanzar la libertad confunden frecuentemente esta última con los caprichos o el libertinaje. Lo numinoso no puede ser manoseado sino que requiere el sometimiento estricto a la pedagogía enseñada por los antiguos, que exige paciencia y compromiso personal. En otros términos, se requiere inevitablemente seguir un proceso iniciático para a la vez poder entender el lenguaje de los dioses y conseguir su habilitación para cumplir tal o cual misión específica. De hecho, frente a la trascendencia, uno no puede asir el Espíritu sino sólo esperar ser asido por Él, si así Le complace. La efusión espiritual, experiencia mística, momento de éxtasis, nos coloca en presencia del Ser y nos restituye a nuestra naturaleza simplemente humana, a la vez en filiación divina que trasciende nuestro ego. La inefabilidad de esas experiencias implica el surgimiento de un lenguaje metafórico, analógico, que recrea una dimensión melódica al verbo más que una dimensión clasificatoria, serial, categorizante. Así el genuino artista, el investigador comprometido, el terapeuta inspirado, aprenden a hablar el lenguaje de los dioses.

Esta obra es un paseo iniciático entre pueblos y cosmovisiones de América, un paseo entre conceptos y hechos, entre cantos y huellas, que nos ofrece nuevos hitos y coordenadas para ubicarnos en el territorio afectivo, psíquico y místico de nuestro continente. Se va dibujando paulatinamente una valiosa topografía y se nos dan herramientas de lectura de esos mapas con datos al día, síntesis útiles e ilustraciones preciosas. La embriaguez de sus descubrimientos embarga a esos exploradores contemporáneos con un entusiasmo contagioso y a la vez éstos nos transmiten el susto de haber vislumbrado lo titánico de su empresa. Nos deslumbran y asustan con el *Fascinans et Tremendum* de todo numen, de lo arquetípico que trasciende las frágiles barreras de nuestro ego, de nuestro reducido campo de conciencia individual. Logran en conjunto superar el difícil reto de asociar las funciones de ambos hemisferios cerebrales, celebrando los arrebatos de inspiración que se apoderan de ellos por momentos, al mismo tiempo que pueden esculpir con precisión nuevas definiciones, fórmulas incisivas, ofrecer ricas conexiones y astutas categorías clasificatorias. Se nos invita no sólo a pensar y reflexionar sino a escuchar, oler, tocar, imaginar, saborear... Se trata de una lectura casi sinestésica que solicita, más allá de lo racional, nuestra capacidad de comprensión analógica y simbólica como una invitación a cambiar así nuestra aprehensión rutinaria de la vida.

Frente a la complejidad reivindicada del tema, escapamos al facilismo de conceptos universalizantes sin que se pierda la vehemencia que a veces debe caracterizar el justo apasionamiento. Se percibe la ardua lucha necesaria para borrar este distanciamiento del sujeto al objeto, de la mente al corazón, que se nos inculcó y nos separa de nosotros mismos: los hombres primigenios no “hacían arte”, no eran artistas, eran el arte. Los autores nos invitan permanentemente a desfocalizar nuestra percepción de la realidad para dejarnos entrever otras realidades u otras facetas de una realidad más profunda donde se escarba la escurridiza nueva identidad americana. Así basta evocar la cosmo-audición en lugar de la habitual cosmovisión, para desplazar inmediatamente nuestro punto de enfoque.

Los chaka-runas que componen esta obra dejan transparentar su paulatino y distinto proceso de acercamiento a los mensajes del mundo-otro. Su vida ha sido muchas veces su propio itinerario iniciático en el que forjaron, a través del dolor y de las fulguraciones, el lenguaje que les permite conversar con los dioses y transmitir algunos balbuceos de esos diálogos. Son testigos presenciales de la permanencia del logos en todas las colectividades humanas y especialmente en las de nuestra América. Cada cual, con el don otorgado por la divinidad, con el sople del espíritu que lo habita, nos pinta algo del inmenso panorama de la vida, nos testimonia algo de su deslumbramiento por haber podido contemplar una chispa del Gran Misterio del Espíritu.

Cuando el hombre contemporáneo grita en el dolor de su soledad; cuando lo invade la carencia profunda de sentido a su vivir cotidiano, cuando se fragmenta la solidaridad humana; en el silencio de los desiertos, de las selvas y de las montañas de América, los dioses siguen murmurando las verdades eternas, siguen susurrando las indicaciones necesarias para abarcar nuevos tiempos, siguen guiando a los buscadores de justicia, de amor, y acogen con calor especial ahora a los adalides de la libertad. Aquí están algunas de sus preciosas huellas.